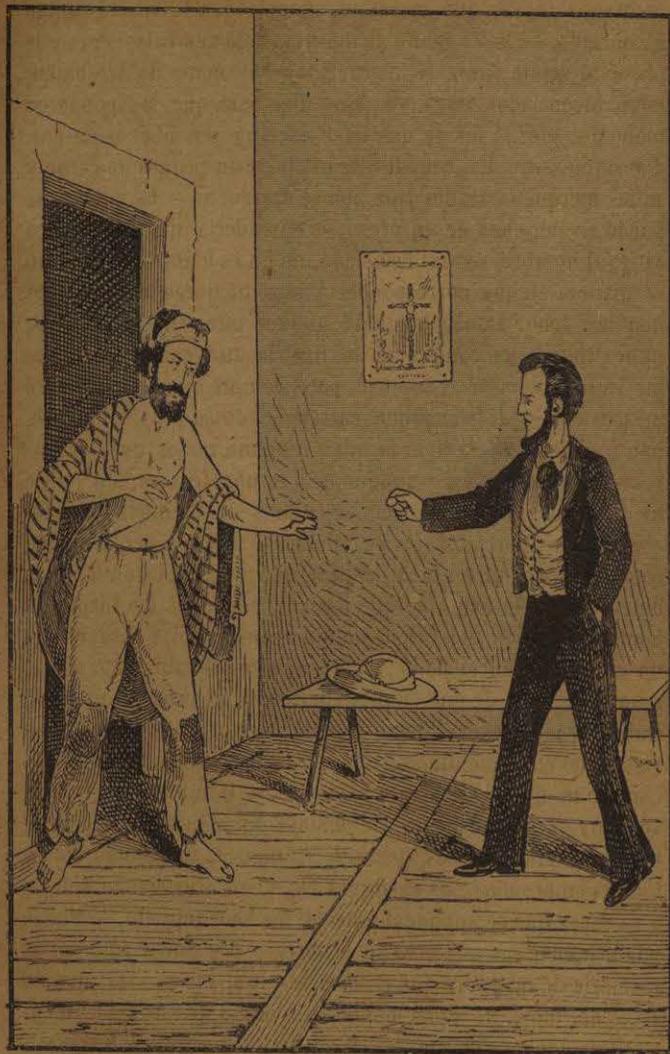


dencia, y hágase en todo tu voluntad; pero dame fuerzas, Jesús mío, para soportar este golpe y poderme resignar á sufrir lo que me espera. Se volvió á sentar y prosiguió: — Quiero llorar, hermano, mis ojos preñados de lágrimas se me anublan, mi corazón necesita desahogarse, cuéntame los pormenores, y se puso á llorar con muchas ganas. Empezó Angel también llorando á contarle todo, hasta terminar con el encargo que dejó para él y Pepe el Diablo. El alcaide al escuchar aquel triste relato, lloraba de ver llorar, se distrajeron en la conversación, y de repente se fué presentando el juez que iba á la visita de cárcel, sonriéndose con burla de ver aquel cuadro de llorones, y suponiéndose que Astucia le estaba contando á aquel extraño sus trabajos, quiso castigar su anterior orgullo con decirle: — Qué pronto se amansan aquí los soberbios charros, los vanidosos Hermanos de la Hoja, los valientes comerciantes de la rama; está vd. llorando como una magdalena, qué vergüenza.

Encendiéndosele á Lorenzo el rostro al escuchar aquellos insultos, se paró lleno de cólera, y tomándole al juez un brazo le dijo: — Señor Juez, ¿tiene vd. padre? — Sí, gracias á Dios. — Pues ruéguele á Su Majestad que no se lo quite; si me mira vd. llorar es porque lamento la muerte del mío, siento que mis lágrimas sean de agua, quisiera que fueran de sangre, señor, y creo que ni así mitigarían mi pesar, es mucha la pena que en este instante me destroza el corazón, ojalá que vd. nunca lo sienta; ¿pero qué estoy hablando de sensibilidad, si los jueces no tienen alma? lárquese á cumplir con su deber, no insulte á un hombre afligido porque llora su orfandad, y le dió un aventón que lo hizo salir precipitado de aquel cuarto, ayudando él mismo, porque violento, conociendo su error, la justicia de aquel hombre para llorar, y teniendo él un padre viejo y achacoso á quien amaba con ternura, se le empezaron á llenar los ojos de agua, y ya mero hacía cuaterno, por lo que salió violento haciendo seña al alcaide para que lo siguiera limpiándose al disimulo las lágrimas que al fin se le rodaron, dejando en paz á Astucia que acabó de satisfacer algo la gran pesadumbre que lo afligía. Al salir el juez pasado un gran rato, se paró Astucia en la puerta y le dijo en tono suplicatorio: — Señor juez, ¿me permite V. S. un momento de audiencia? — Puede vd.

hablar, contestó entrando á la alcaidía. — Tenga V. S. la bondad de sentarse; dispéñeme si le he interrumpido su camino. — Ya lo escucho, señor mío. — ¿Dígame, señor juez, qué además de las penas morales que pesan sobre el alma de los infelices presos que están encerrados en la cárcel, se les ha de hacer pasar la vida más amarga en lo corporal, ó como dicen, los tormentos del tántalo? — ¿Por qué me dice vd. eso? — ¿Ya vió V. S. las inmundas pocilgas en que habitamos, el alimento que se nos da, y la miseria espantosa que allá dentro domina? Señor, á la fiera más fiera, al bruto enjaulado, se le echa un poco de paja para que se eche, y se cuida de atender á sus más imperiosas necesidades; cuando V. S. nos llame á su tribunal, juzgará momias, y la caridad cristiana no se opone con el carácter judicial. — Tiene vd. razón, todo lo he visto, y en cuanto de mí depende procuro aliviar la suerte de esos desgraciados, pero las municipalidades no ocurren con puntualidad con su contingente, los recursos están escasos, y casi casi la caridad pública sustenta á esos infelices, ya le dije que conozco su miseria y le ofrezco en cuanto pueda mejorar su situación que me duele sobre manera. — Con eso quedo satisfecho, señor Juez, eso era lo que tenía que decirle por un lado; ahora, quiero hablarle al hombre, ¿me lo permite? — Diga vd. lo que guste. Le tomó el bastón que empuñaba y lo puso sobre una mesita diciendo: — Aquí que se quede la autoridad mientras platico con el hombre. Dígame vd., señor Licenciado, aquí entre amigos, ¿podré reponer casi toda mi sangre vertida por cincuenta y nueve heridas, con una cucharada de habas cada tercer día, uno que otro mendrugo de pan que nos traen de la calle los colectores de la limosna, y tal cual pedazo de tortilla dura ó un trago de atole que esos infelices se quitan de la boca para dármele? — No, ciertamente. — ¿Qué descanso podrá tener mi cuerpo lleno de cortadas sobre un pedazo de un húmedo petate, en un hediondo calabozo teniendo por cabecera un pedazo de vigueta? — Ninguno. — ¿Y podré cubrirme de la intemperie con estos harapos? — No, y mil veces no. — Pues, señor Licenciado, si vd. es un hombre que tenga un corazón sensible, en su mano está mitigar mi tormento, este hombre que aquí mira es mi hermano, le escribí para que me trajera

recursos : ¿á ver qué me traes, Angel? que lo vea el amigo Licenciado. — Metió mano el interrogado á sus calzoneras y le presentó veinte onzas. — Para todos hay como no arrebatan, mire, Licenciado, tengã vd. esas diez para que las ponga en mano del juez, á fin de que lleve adelante sus buenos deseos: que siquiera un día, coman esos infelices un pedazo de carne y se les merquen frazadas para que se abriguen. — Es que yo no puedo recibir nada de un preso, se entendería que... — Yo me dirijo al hombre, señor Licenciado, mi fin es filantrópico, quiero en manera alguna corresponder á esos hombres las caridades que les debo. Jamás insultaré al juez ofreciéndole dádivas, nunca trataré de comprar á la justicia aun cuando sepa que me va á sentenciar al suplicio, pero siempre que pueda partiré mi pan con los infelices que entreteniendo su propia hambre, han contribuido á mitigar la mía; ninguno mejor que vd. conoce sus necesidades, y aunque esto es una friolera, no puede ni debe por ningún principio excusarse de recibirla para socorrerlos. — Corrientes, y yo le daré á vd. particularmente, como hombre, una exacta cuenta de la distribución de este dinero. — No la exijo, porque bastante confianza me inspira el hombre de quien me valgo. Conque vamos á otra cosa, quiero un gran favor, Licenciado; interponga vd. su valimiento con el señor juez, á fin de que en este cuarto sea mi prisión, que aquí traigan á mis arrieros para que me sirvan y se curen á mi vista, que con este dinero se nos asista de la fonda, y se nos compre lo muy preciso para vestirnos. — Hombre Astucia, está vd. muy recomendado; y hablándole también con franqueza, temo que el día menos pensado se fugue y me ponga en un fuerte compromiso, sus enemigos son suspicaces, tienen influjo, y es capaz que se supongan que vd. me ha comprado. — Puede vd. desechar sus temores, yo le ofrezco por quien soy, por la memoria de mi padre que en este instante me atosiga, que no salgo del dintel de aquella puerta sin una orden de vd., así entendiera que en ello me iba la salvación eterna. — ¿Habla vd. de veras, charro? — Con el corazón, caballero, los rancheros somos esclavos de nuestra palabra, y para sostenerla esta es mi mano. — Corrientes, esta es la mía, don... quiero saber su nombre. — Lorenzo Cabello, su criado y servidor, vecino de



Aquí tienes á Lencho el perverso...

Jungapeo, y en el rancho de las Anonas tiene su casa para que mande, este muchacho es mi cuñado, con mis amigos no tengo secretos, con el juzgado mis palabras dicen bien poco, sin embargo de haber declarado la verdad. — No creo que haya mucha, principalmente en sus generales. — Precisamente, señor Licenciado, es lo más cierto, pero quiero dejarlo en esa duda para que por curiosidad de descubrir ese enredo, venga de vez en cuando, ó me mande llevar á platicar particularmente uno que otro rato que quiera divertirse; váyase á gozar de las delicias que ministra la presencia de un amante padre, mientras yo aquí lamento la falta del mío. — Dice vd. bien, D. Lorenzo, y lo acompaño en su sentimiento, mi padre es mi adoración, y á él le debe vd. en mucha parte el que yo me haya prestado condescendiente á sus pedidos y confiado en su promesa; es ranchero, tiene mucha simpatía por los charros, me ha hablado muy bien de ellos, y tiene empeño en conocer á vd. — Pues, señor, ofrézcame á sus órdenes, y dígame que me visite, que la conversación es pasto del alma, que en el seno de la amistad se alivian los pesares y se hacen más soportables las aflicciones, en fin, señor juez, eso me amarrará más, y esté vd. seguro de que nunca abusaré de su buen corazón, ni lo pondré en compromiso de ninguna especie porque no soy ingrato. — A ver, señor alcaide, gritó el juez. Se presentó el llamado y le ordenó: — Que aquí sea la prisión de este hombre y sus arrieros, acompañe vd. al señor para que se le proporcione todo lo que pida, téngale vd. todas las consideraciones de distinguido, y esté comunicado con cuantas personas lo busquen. Luego llamando aparte á Astucia le dijo: — Siempre yo no recibo este dinero, no se entienda que se me compra; por acá le mando á mi padre para que ambos dispongan lo que vd. ordene, á fin de que esos infelices tengan ese auxilio. — Estoy conforme, y gracias por... — Hasta luego, queden vds. con Dios, y se retiró dejándole á Lencho las diez onzas para los presos.

El alcaide contentísimo porque iba á tener los derechos que pagan los distinguidos que nunca había alcanzado cobrarlos, se prestó muy obsequioso y comedido, y ese mismo día todo quedó arreglado perfectamente, de manera que al siguiente que lo fué á visitar el padre del juez, se encontró con aquel cuarto

si no elegante, al menos decente en lo posible, pareciendo hospital de convalecientes. Ya instalado, escribió á todas las viudas, mandó á Angel que personalmente vigilara todos los intereses de ellas, y recordando su juramento decía: — *Todos para uno, uno para todos, yo soy ese uno, y esas pobres familias serán mis todos.* Regresó el cuñado, y fiel observador de las órdenes que recibió cumplió con eficacia sus encargos.

En unión del padre del juez y con facultades de éste, removió toda la cárcel, haciendo que los presos entre los cuales había obreros y artesanos, trabajaran en la reposición de sus calabozos percibiendo una gratificación, habilitó con herramientas y materiales á todos según sus ejercicios, con que trabajando podían auxiliarse con sus manufacturas, constituyéndose en capataz, sobrestante, director y cuanto podía para no estar de ocioso, siendo verdaderamente un decidido protector de aquellos infelices, que lo apreciaban muchísimo y agradecían sus auxilios y consuelos, así como sin compasión castigaba á los holgazanes, viciosos ó perversos que trastornaban el orden ó perjudicaban á sus compañeros.

Escribió para Huamantla á sus amigos, noticiándoles su restablecimiento y éstos que antes se habían estado callados temiendo que lo complicaran en una escandalosa sumaria, comenzaron á escribirle, mandarle algunos recursos y aun á visitarlo, congenió tanto con el padre del juez, que siempre que podía se iba á estar con él, y muy contento pasaba los días enteros en la cárcel ayudando á fomentar la ocupación de los presos, que á toque de campana tenían metodizadas sus distribuciones del día, al habilitar á alguno era bajo el supuesto de que le habían de abonar una muy moderada parte de sus buscas, les llevaba su cuenta á cada uno, y con lo que recogía seguía fomentando ó más en grande, ó á los nuevos que iban entrando. El día menos esperado llegó un sujeto de Huamantla y le entregó mil ochocientos pesos en dinero, y un apunte diciéndole: — Esto ha salido de lo que yo con varios amigos que armamos el motín contra los soplones, pudimos quitarles el día que habían dispuesto colgar á vd., no habiéndoselo traído antes porque no se proporcionó su pronta realización; sírvase conformarse con esto, y recíbalo como cosa que le pertenece, pues nosotros

sólo hemos procurado darle una prueba de buenos amigos. Se excusó aquel hombre de recibir por su trabajo ninguna gratificación, y quedó muy satisfecho con la muestra de gratitud con que Astucia le manifestó su agradecimiento. Á pocos días se le fué presentando Camila acompañada de otras dos mujeres, un prolongado abrazo y una confusión de lágrimas de los dos, en un instante hicieron comunicarse mutuamente sus pesares, y casi á fuerza fué necesario obligarla á volver á su casa después de seis días de estar en Tlaxcala, hizo Lorenzo que se llevara mil y quinientos pesos que consiguió cambiar en oro, para que á razón de trescientos pesos por familia los repartiera ella misma, encargándoles que no abandonaran á las familias de los arrieros ni á ninguna de las gentes que les pertenecían, y los otros trescientos empleó en llevar más adelante el fin que se había propuesto con los encarcelados, logrando con su constancia, energía, y suma dedicación el que todos se proporcionaran recursos por sí mismos con su trabajo, haciendo aprender á los que no tenían oficio conocido, y que entre todos protegieran á los enfermos ó imposibilitados que allí también había.

En cuanto á su causa, dormía tranquila y aprensada entre otros expedientes, no teniendo poca parte en paralizarla las convulsiones políticas, además del empeño de sus acusadores que no desperdiciaban ocasión para entorpecer todos los pasos, á pesar de las multiplicadas exigencias del acusado y disposiciones del juzgado para su terminación, transcurriendo en todo esto cerca de año y medio, apurando hasta el último extremo la paciencia de Lorenzo que ligado por su palabra y siendo amigo y considerado del juez, no quiso jamás faltar á su promesa; ya hacía como tres meses que tenía manteniendo en una casa de allí sus caballos listos, para aprovechar una oportunidad favorable y fugarse, pues se empezó á vociferar que habiendo cambiado el sistema, estaban removiendo empleados de todas categorías, y multitud de aspirantes le habían metido la puntería al juzgado de Tlaxcala, á esto se agrega que aprovechando la ocasión sus enemigos, quisieron tener una persona de su devoción que les sirviera haciendo justicia á su paladar, no faltó pretexto con que salirse con su plan, pues movieron

resortes, influjos, y andando listo el dinerito todo lo consiguieron, recayendo el nombramiento de juez de Letras en un ahijado por quien se empeñaron, al cual le costearon hasta el viaje para que se fuera, comprometido ya, á echar una sentencia para que condenado á presidio se acallara la grito del pícaro Astucia, y los dejara en paz, por lo que sin prevención de ningun género, se fué presentando el día menos esperado el nuevo juez obligando al otro á que le entregara desde luego; porque ya era la hora impropia, quedó pendiente para el otro día, y á pesar de la sorpresa y sigilo se divulgó el cambio, Astucia lo supo al instante, en la noche, antes de cerrar las prisiones, en presencia de todos los presos, hizo pedazos los apuntes de lo que le debían diciendo: — Muchachos, estamos á mano, mi sentencia ha venido confirmada de allá arriba, uno de estos días marcharé para mi destino, y como seguramente no nos volveremos á ver, no quiero que nadie les cobre lo que me deben, ni los despoje de lo que les he dado. — ¿Pero es posible, dijo uno de aquéllos llorando, que nos abandone su merced? — Ese es mi destino, hermanos, y á fuerza de fuerzas cumpliré mi condena, quién me mandó ser Hermano de la Hoja, no se me esperan más que lágrimas y tormentos, todavía no me despido, ahí nos veremos, hasta mañana. — No, su merced, tal vez mañana... y empezaron aquellos pobres á abrazarlo llorando con sinceridad. — Quién sabe, hijitos, si tal vez hoy llegue la escolta que debe de conducirme, pero de todos modos, adiós, y ruéguele á su Majestad que me ampare. Hizo un gran esfuerzo y desprendiéndose de ellos se separó también llorando al considerar la desgraciada situación de aquellos infelices diciendo: — Lo que á mí pasa no tiene cuate, no parece sino que mis ojos son un manantial de lágrimas, pues hasta estos facinerosos y criminales me las hacen derramar, vaya un contraste, ahora llorando y antes colgándolos, ya se ve, este es mi genio, todo lo que me irrita verlos perjudicar al mundo entero por ahí sueltos, me pueden sus padecimientos y miseria aquí encerrados; no los he engañado, mi sentencia es irrevocable, voy á cumplir mi destino, sólo lágrimas y tormentos se me esperan, á todas horas han estado resonando en mis oídos los tristes lamentos de esas familias que

me llaman, y ahora que tengo esperanzas ciertas de correr á enjugar sus lágrimas las escucho sin cesar; allá voy, allá voy queridas y aunque nunca cubriré la falta de las personas por quien lloran, sacrificaré hasta mi vida para que no perezcan de miseria; *Todos para uno, uno para todos.* ¡Gracias, Dios eterno! gracias, porque sin faltar á mi palabra ni ser mal agradecido, voy por fin á cumplir con mi solemne juramento.

Escribió varias cartas, y dispuso todo de manera que sólo esperaba el instante de que cesara la responsabilidad del juez saliente para pintar su venado y no parar hasta sus comédoros, haciéndosele aquella noche eterna. Al otro día, juntos los dos jueces, el que entregaba preguntó: — ¿Por dónde quiere vd. empezar, compañero? — Por la cárcel, le respondió el otro, por el libro de entradas pasaremos lista, y por este mismo recibiré las causas según su estado, y lo demás del archivo, por el inventario que vd. tenga. Empeñándose en hacerlo así por ver cómo desde luego aseguraba lo mejor posible al charro; como lo dispuso, se verificó á las siete de la mañana, dándole á reconocer como juez, y continuaron con la entrega de causas, y le dió al alcaide una orden en secreto al retirarse de la cárcel. — ¿Qué dice ese pedante? le preguntó Astucia. — Que le ponga á vd. un centinela de vista hasta tanto no vuelva á arreglar esto y corregir abusos. — ¿Ya arregló vd. sus cosas, señor alcaide? — Todo está en corriente y á sus órdenes, caballero. — Pues aguardaremos que acabe de entregar nuestro amigo el despojado, y mientras que se vayan esos muchachos á ensillar y acomoden las maletas; véte, Simón, llevando esto, y tú, Chango, ese bulto de este amigo, tienen listos los caballos y allá nos esperan.

Así que concluyó el nuevo juez de recibirse como por telégrafo de las causas en giro y demás papeles inventariados, mandó avisar á la casa donde estaba alojado, que ya iban para allá á tomar un semirefresco que tenía dispuesto, obligando á su antecesor á que fuera por su padre, para que ambos lo acompañaran en unión de varios particulares á vaciar unas cuantas botellas de vino, y solo se dirigió para la cárcel, enojándose porque el alcaide no había cumplido sus órdenes. —

¿ Por qué no puso vd. un centinela en esa puerta como se lo mandé? — Señor, porque no lo tengo, los seis hombres de la guardia cubren las tres precisas, y sólo tienen un relevo. — ¿ Y por qué tiene vd. en esa pieza á esa reo? — Porque pagó su distinción. — Qué distinción ni qué supercherías, ese es un abuso, ante la ley no hay ricos ni pobres, tan criminal es éste como los que están allá dentro, yo no he de consentir esas tenidas y manejos de vd., meta vd. á ese hombre con los demás. — ¿ De qué se trata? dijo Astucia, apareciendo en la puerta de su cuarto. — No lo interesa á vd. — Pues entonces á vd. menos, porque si el alcaide es el responsable de los presos que recibe, bien puede ponerlos en donde se le antoje siempre que sea de puertas para adentro.

— Silencio y advierta que está hablando con su juez. — Yo no le veo ninguna insignia, y en tal estado vd. no es para mí más que un pebete entrometido, y si no se larga lo pateo, ó de los faldoncitos de su guácaro le doy un aventón para la plaza. El juez que deseaba una cosa de éstas para con ese pretexto mandar encerrar á Astucia en parte más segura, se puso muy enojado, mandó á un indio al juzgado por el bastón diciendo: — Vd. me ha faltado y... — Y vd. me está sobrando, y está aquí de más. Volvió el mandadero, y empuñando con orgullo su bastón sonando la punta en el suelo, con paso grave y tono imponente le dijo: — ¿ Y ahora, bribón, me conoces? — Ahora sí, respeto á la autoridad, contestó muy sumiso con el sombrero en la mano mirando al suelo. — Entra para adentro, camina por ahí. — ¿ Para adónde, señor juez? — Para adentro, con todos los de tu calaña; abra vd., dijo al alcaide, y tráigase la llave del separo del infierno, una horrorosa bartolina que por su hediondez, poca luz, y sabandijas en que abundaba, había quedado en total abandono sirviendo sólo para que allí se ocultaran algunos presos á espulgarse, y por eso le habían dado esa denominación. — Aquí está, contestó el alcaide enseñando su manajo de llaves, pero... — No me replique y marche por delante, mandó imperiosamente diciéndose á sí mismo: — Lo acobardaré teniéndolo en el calabozo que desde esta mañana le eché el ojo y con ese fin averigüé su nombre.

El alcaide iba adelante, Astucia lo seguía silencioso, y el

juez dando un bastonazo á cada paso iba detrás, queriendo dejarlo encerrado por su vista, desconfiando de que el alcaide lo volviera á desobedecer. En cuanto llegaron se paró Astucia en la puerta, el alcaide se hizo á un lado buscando la llave entre las otras, el juez se arrimó, sonó el bastón en el suelo y dijo: — Adentro. Astucia volteó violentamente, y alzándolo en peso de los brazos repitió: — Entremos. Lo descansó en el centro, y cogiendo con la mano derecha los dedos de la izquierda del juez alzó su brazo para arriba y empezó á darle de vueltas como á un cilindro, con tal rapidez y fuerza que un momento lo atarantó y no pudiendo sostenerse en pie, dando desconcertados pasos fué tratando de enderezarse arañando la pared hasta recostarse en un rincón. Astucia se salió, corrió el cerrojo y tomando la llave cerró con mucha calma diciendo: — La que piensas te hago; todo nos va saliendo mejor que lo que teníamos calculado, vamos á ver á cuántos más de los que nos puedan impedir el camino aseguramos, y al ver al escribiente del Juzgado parado con cuatro ó cinco en un extremo de la plaza esperando al juez, le dijo al alcaide: — Llámese á aquellos caballeros, á ver si los guardamos por allá dentro. Fué con recado del juez y todos entraron á la cárcel, preguntando el escribiente: — ¿ Adónde está el señor juez, amigo Astucia? — Está mirando dar el socorro muy mortificado porque los está haciendo esperar. — Como que los bizeochos y el vino que nos ofreció no precisan, dijo uno de los llegados. — ¿ Por qué no entran á verlo, si no entretenido los tiene aquí de plantones? — Vamos á hacernos presentes, replicó otro. — Sí, porque yo tengo que hacer, agregó un tercero. — Abrales vd. á los señores, alcaide, dijo Astucia, y detrás de ellos se fué metiendo; al pasar frente al primer calabozo de los compuestos exclamó uno: — ¡ Esto está muy reformado! — Sí, señor, le contestó, y tiene todas las comodidades posibles, cama, común, aire, etc., véanlo vds. Entraron llenos de curiosidad mirando para todos lados, al escribiente que se había quedado fuera le dió un soberbio empujón y cerrando la puerta con precipitación se quedaron aquellos cinco bien asegurados, agrupándose al boquete gritándole al juez que por distinto lado hacía pedazos su bastón dando golpes á la puerta, sin que ninguno escuchara sus voces.

— Por algún tiempo se han de acordar de mí, dijo Astucia al alcaide, y según oí decir á estos amiguitos hay dispuesto su refresco, váyase con dos ó tres hombres á la casa donde está alojado y á su nombre pida lo que iban á soplarse, pues mientras no se retire de la plaza tanto figón no podemos marcharnos sin riesgo, y en algo entretendremos el tiempo.

— Mamá, mamá, entró gritando una chiquilla que recibió el recado, que dice el juez que se mande todo esto para el juzgado. — Mejor, le contestó, me alegro de que nos quiten esa molestia, y en tres canastones acomodaron cuanto cupo de bizcochos y otro con botellas diciendo: — Vuelvan por los trastes, el mantel, vasos, etc. — Sí, señora, contestó el alcaide cargando con aquello que metió en el cuarto de Astucia; se comieron cuanto gustaron en unión de la guardia y boqueteros, apartaron para el camino lo que les pareció, y el resto mandó Astucia al sotaalcaide que lo fuera á repartir á los presos del patio, y le hizo seña al alcaide para que también lo dejara por allá encerrado. Les cargaron la mano á los inditos milicianos, y hasta las dos de la tarde en que estaba la plaza escueta y nadie aparecía por allí, se fueron sin haber llamado la atención de ninguno; á la salida de la población le dijo Astucia al alcaide: — Ahí tiene vd., amigo, el caballito ensillado, y estos son los cien pesos que le ofrecí; váyase para su tierra y cuide su pellejo. — No hay cuidado, le contestó guardando su dinero, mi familia está hasta Oajaca, mi nombre no es el que aquí me han dado, soy desertor del activo de Guanajuato, y seguro está que por estos rumbos vuelva yo á sacar las narices. — Pues yo con mis muchachos por aquí me corto, y hasta la vista, buen viaje y que Dios nos ayude. Se separaron tomando cada cual distinto camino, el alcaide para Oajaca, y Astucia se dirigió para las barrancas de la Viuda, entregándole al cochero de la diligencia que encontró en su travesía, una carta para que se la franqueara en Puebla, llegó muy noche al propio sitio en que diez y ocho meses antes derramó su sangre, recogió de debajo de una peña sus pistolas que escondió, muy oxidadas y las cajas podridas, tuvo unos recuerdos tristísimos, pasó una noche infernal, y de madrugada se fué andando de pueblo en pueblo á ver qué noticia le daban del paradero de sus herma-

nos y arrieros; al estar indagando en San Miguelito un indio lo tomó de la mano, y metiéndolo al cementerio de la capilla le dijo: — Cuente su merced, señor charro, ahí están apareciendo quince sepulturas que son de otros tantos cuerpos, mi hermano, yo y otros hijos del pueblo los descolgamos de los pinos, y recogimos del fondo de las barrancas, al otro día de los chincharrazos que pasábamos por la orilla de los desfileros de la Viuda.

No pudo Astucia contener sus lágrimas, abrazó á aquel infeliz indio con frenesí, encomendó á Dios á todos con ferviente plegaria, y salió sollozando diciendo: — En paz descansen queridos, ahí les dejo un pedazo de mi destrozado corazón, voy á repartir los demás entre quienes también los lloran. *Todos para uno, uno para todos.* ¿Qué dicen, muchachos? — Que cuente su merced con nosotros hasta la muerte, respondió el Chango enjugándose los ojos. — Que seremos sus cachorros, agregó Simón también llorando. — Pues marchemos á enjugar las lágrimas de las pobres familias y á llorar con ellas por los que aquí ya no nos pueden escuchar, y dirigiendo una última mirada al cementerio sólo pudo decir: — Adiós para siempre, hermanos míos, adiós. Y se alejó con el indio que llevándolo á su casa le enseñó un montón de despojos apilados en un rincón, y otros escondidos en un tapanco, todo lo revisó y apartando algunas cosas dijo: — Para un recuerdo, me llevo este zarapito de Chepe, este puñal de Tacho, esta espada de Alejo, las espuelas de Pepe y esta yoga del Tapatío. Armó á sus compañeros, todo lo demás lo distribuyó entre los caritativos que habían recogido los cadáveres agradeciéndoles en el alma su servicio, y prosiguió esa tarde su camino.

Mientras Astucia lloraba por sus hermanos al sereno, acurrucado contra un árbol en las barrancas de la Viuda, los que dejó encerrados llenos de berrinche unos, riéndose otros, y el juez impaciente era devorado por multitud de avichuchos que hambrientos saboreaban su banquete, todos sumidos en la obscuridad y sin poder dormir renegaban del tal Astucia, y sus familias con gran cuidado los mandaban buscar por toda la población, á la vez que los de la guardia dormían tirados á donde les faltaron las fuerzas. Al otro día empezó á circular la

voz de la pérdida de ellos á tiempo que recibió el jefe Político un recado que el sotaalcaide le mandaba con uno de los de la guardia, pues éstos al recordar de su letargo empuñaron sus fusiles y como de costumbre se colocaron en sus puestos. Ocurrió luego el jefe Político, sabiendo que Astucia con sus dos arrieros y alcaide habían desaparecido, entró en mucho cuidado, pero se conformó al ver que no había acontecido otra cosa, y como las puertas todas estaban bien cerradas y los profugos cargaron con las llaves, fué preciso descerrajar y combiar chupias nuevas para irias desde luego por precaución caminando, perdiéndose en esto casi toda la mañana, y hasta las tres de la tarde fueron sacando de su prisión al escribiente, el alcaide, un regidor y otros dos comerciantes, siguieron descerrajando calabozos, y á las cinco de la tarde sacaron al juez de Letras que parecía lazarrino de los piquetes de toda clase de males, con todo el cuerpo enronchado, pidiendo por Dios que le facilitaran ropa que mudarse, peline, una tira de agua, en fin ya mero le pegaba una fiebre, y se le acabaron las uñas de tanto rasgado como se había dado. Cuando estaban en la fatiga de que se desnudara en la Alcaidía, llegó un repartidor del correo diciendo: — Esta carta de Puebla para el señor juez. La tomó el jefe Político y se la daba. — Hágame favor de abriría mientras me mudo los calzoncillos. — Pues díce así: — « Señor, etc., mi amado amigo, sin embargo del riesgo que ésta corre si va á dar en manos de quien vd. sabe, á todo evento le noticia que he llegado felizmente á esta ciudad de los Angeles. Le agradezco infinito su presente de bizcochos, vino, etc., que se dignó remitirme, pues parte de ello me va á confortando en el camino; rompa vd. ésta ó cómasela [que será lo mejor] para que no se descubra nuestro complot. » — ¡Qué pícaro ese! exclamó el juez, ni la burla me perdona. « En fin, mientras gano terreno, es conveniente que siga haciendo « la pantomima que concertamos, para que no vayan á creer « las personas que me extrañan, que vd. tiene parte en mi evasión. Adios, queridote, escribame para donde quedamos, que « ya ve que no me he dado por bien servido. Sin otro asunto « queda como siempre á sus órdenes su agradecido amigo « que B. S. M. — Astucia. »

Todos se soltaron riendo de la veterana, al disimulo, porque no tenían estrechez con el juez de Letras, y el jefe Político por pandorguearlo, le dijo: — ¿Cuánto le ha valido el negocio, juececito, porque la pantomima ha estado bien representada? Sorprendido no supo qué responder, y esto hizo que los concurrentes dudaran, y uno de ellos agregó: — Yo lo que siento es que sin participarnos de su cohecho, hayamos ayudado á figurar en ella. Más creció su confusión, y como desesperado dijo: — Ya ven vds. mi ganancia, que quisiera en este instante hasta mudar de pellejo; por el amor de Dios les suplico á vds. que no crean ninguna de las supercherias de esta carta, yo hasta ayer he visto por primera vez á ese pícaro y... — No se meta en persuadirnos, dijo el jefe llevando adelante la broma, es vd. dueño de sus acciones, y con unos exhortos, requisitorias, etc., queda cerrada la sumaria y asunto concluido. Le cargó al juececito la romana, todos se rieron de sus apuros; y el resultado fué para no dar más motivo de dudas, allí quedó hecha pedazos la carta, se remitieron los dichos exhortos por distintas cordilleras, y la sumaria quedó para aumentar tantísimo papel roído de ratas que abunda en los juzgados.

Astucia se dirigió desde luego á San Felipe, donde el marido de Lola guardaba provisionalmente se había encargado de los intereses de la casa. Era un hombre inepto, fofo, y además tonto, por lo que todo andaba dado á jadas, lo llamó á cuentas y su respuesta fué de pie de banco, diciendo que como vivían en familia no las había llevado, y por no promover una cuestión le dió su parte, recogió los demás intereses, puso un mayor-domo, dejó todo bajo la vigilancia de Camila, recogiendo igualmente á las familias de los arrieros de Atausio, y partió para el rancho de Chepe Botas y el Tapalo, en donde se encontró con Iupe la esposa de Juan, enferma, y Julia la hija de José. Morales era la que se entendía con todo, también arregló aquello lo mejor posible, prosiguiendo su visita para Tepusatepec, al rancho de Alejo Delgado.

— Esto está malo, les dijo á sus compañeros cuando iban caminando, aunque esas pobres mujeres han tratado de cuidar, no son capaces de conservar lo poco que les ha quedado, yo no las abandonaré; pero no me puedo partir en dos pedazos, vds.

sólo me servirán para ayudarme y como están los bienes tan separados, imposible nos será atenderlos como se debe. — ¿Pues qué piensa hacer su merced? dijo el Chango. — Quiero desde ahora no permitir que se sigan acabando, vendo todos, incluso los míos, y este rancho de Alejo que es el más grande, el mejor situado, que tiene buenos elementos, temperamento, y tan fértil, fomentarlo hasta donde pueda, para que atendido por mí mismo en unión de los hermanos de Alejo que son muy hombres de bien y trabajadores, tengamos con que alimentar á todas las familias, ya sea reuniéndolas, ó en sus propias casas. — Muy bien pensado, respondió Simón, yo también tengo una huertecita en Jungapeo con Huenvas, y tres palos de zapote que me dejó mi madrina, tiene muchos codiciosos, ya me han ofrecido hasta diez y ocho pesos por ella, la vende su merced y junta el dinero con lo demás. — Yo no tengo, agregó el Chango, huertas ni nada más que mis brazos, me pone vd. al tajo y le ayudaré con mi trabajo. — Gracias, muchachos, gracias, vds. no se separarán de mí jamás, serán mi Angel de guarda, somos por desgracia unos prófugos de la cárcel pública, la justicia tarde ó temprano nos echará el guante, y si tal cosa sucede, estas familias quedarán desamparadas; por eso quiero contar con los hermanos de Alejo que no tienen la sogá arrastrando, establecerlas de una manera sólida para que nuestras personas no hagan falta. Entretenidos todo el camino con sus cálculos y planes para lo futuro, llegaron á la loma de la Presa desde donde se miraba la casa del rancho, sus sembrados, los ganados pastando en las mesas y todo aquello en animación, pero se quedaron sorprendidos al presentárseles á la vista unos ahumados paredones, los techos caídos, las labores baldías, y ningún ser viviente que por allí se moviera, excepto uno que otro cuervo que azorados al verlos, emprendían graznando su rápido vuelo. — ¿Qué es esto? dijo Lorenzo refregándose los ojos, dudando de su vista; ¿pues qué ya no sabemos el camino? ó estamos encantados. — No, señor amo, ese es el rancho que buscamos, pero... — Pero todos mis proyectos vienen á tierra; esto está escueto, abandonado, acerquémonos para lamentar este golpe que trastorna en un instante todo mi plan, destruye mi esperanza, y me pone en más cuidado y aflicción.

Llegaron á la casa, y no se encontraron más que marcadísimos indicios de un desastre, por todos lados agujeradas las paredes á balazos, el incendio acabó con las maderas, y todo estaba en completa ruina, sin que persona alguna pudiera darles noticia de aquella catástrofe; se retiraron llenos de inquietud hasta que dos leguas adelante, en el rancho de las Vaquerías les contaron, que hacía como tres meses que una fuerza de pronunciados se quisieron hacer fuertes contra las tropas Santanistas, que los sitiaron, y que después de dos días de combate ganaron los sitiadores, acabaron con sus enemigos, y de paso con cuanto había en la casa hasta convertirla en descombros, arriándose todos los animales y quemando cuanto no se pudieron llevar. — ¿Pero y las familias, Antonio y Manuel Delgado, qué ha sido de ellos? preguntó Lencho. — Casi todos se pudieron escapar esa madrugada metiéndose por el encinal, hasta venir á parar aquí, trayéndose las señoras, cargando, remudándose de trecho en trecho, á D. Antonio que tenía un balazo en una espíñilla, seguidas de algunas mujeres de la rancharía que cargaban á las criaturas chiquitas, y la niña grande lastimada, todos llorando por D. Manuelito que antes de salirse lo mató otra bala en la puerta del hospedaje, aquí estuvieron como seis días mientras con un peón mandó doña Mariquita una carta para allá abajo, y luego vino un señor y cargó con todos para tierra caliente, pues cogieron el camino de Chupio para Tajimaroa. — ¿Y qué ninguno de los intereses se pudieron librar? — Nada, señor, nada más que un buey y una vaca que se habían quedado en el campo porque estaban enranillados; ésos los mandó matar la señora, nos estuvimos comiendo el tasajo, y el que había sobrado se lo llevaron para su camino, con tal desgracia que sólo pudieron sacar lo encapillado.

Luego luego conoció Lencho que Angel se llevó á todos para su casa; mandó al Chango con una carta para el subarrendatario de la Soledad, siguió adelante muy triste. — ¿Qué dices de esto, Simón? — Que el hombre pone y Dios descompone, como dice el otro. — No, hombre, Dios dispone. — Lo mismo da, si dispone las cosas al revés. — Malo y muy malo miro nuestro porvenir, y sólo confiado en el favor de Dios, emprenderé cuanto pueda para conseguir mi fin; ¡no me abandones, Providencia!

Divina! ¡ampárame, Dios eterno! vamos á acabar de pasar este último trago; no ha habido parte donde lleguemos que nuestras saluciones no hayan sido más que lágrimas de dolor, este es nuestro destino, llorar desde el instante de nacer hasta exhalar el último aliento, y conforme avanzaba en su camino, más tristes y melancólicos eran sus pensamientos y el pesar que sentía en su corazón. Al tercer día, á las once y media de la mañana bajaba la cuesta de Tepangareo á la entrada de Jungapeo, excusó pasar por la calle real, cortó por el callejón de las Amescuas hasta salir tras de la iglesia. Allí dejó á Simón con su caballo, brincó la barda del cementerio, y se precipitó ansioso para el sepulcro de su padre situado entre unos pinos y cubierto de hiedras, derramando un torrente de lágrimas diciendo: — ¡Aquí estoy, padre mío, aquí está tu hijo Lorenzo! ¿pero qué es esto, Señor? ya no escucho su voz, no puedo estrecharlo contra mi corazón, este túmulo me lo oculta, ya no besaré cariñoso su venerable frente, ni lleno de orgullo recibiré sus caricias: aquí descansan sus inanimados restos, y aquí vendré á regar con mis lágrimas este sitio para que crezcan estas flores que adornan su monumento, á dirigirle mis plegarias y á comunicarle mis pesares. Se echó de codos sobre el sepulcro y lloró un gran rato, pidiendo á Dios el eterno descanso del alma de su padre con ferviente oración, este tiempo sonó la campana de la torre. — ¡Las doce! exclamó, y ya que á esta hora ha permitido Dios que haya yo llegado á llorar sobre la losa fría que me lo guarda, á estas mismas horas frecuentaré mis visitas por la noche, para evitar que algún curioso interrumpa mis soliloquios. Hasta cada rato, padre mío, voy á apurar la copa del dolor, á sufrir todavía la multitud de tormentos y amarguras que me esperan; ruégale á Dios que me favorezca y que su Providencia Divina no me abandone, adiós. Y con cierta repugnancia se separó de allí; al pasar el arroyo de la agua zarca que baja de la cañada de Capirio para unirse al río, vió venir en el viejo caballo mascarillo de su padre, á un muchacho como de diez años montado en pelo, dándole talonazos para que galopara. — ¿Adónde vas, gurrumino? Sorprendido de ver una persona desconocida que le habló con el apodo con que por aprecio lo trataba su tío el difunto Alejo, se quitó su sombrero y le respondió: — Señor,

voy á llamar al viejecito D. Cleofas para que venga á vendarle á mi papá la pierna porque se está desangrando. — Vuélvete, Simón, dijo Lencho, ya sabes su casa, échatelo en la silla y que venga pronto, arriéndate, muchacho, vamos para la casa. — ¿Según eso vd. conoce á mi papá D. Antonio Delgado? — Sí, gurrumino. — ¿Y á mi mamá Pánfila, mi tía Mariquita, mi tía Viviana, mi... — Á todos, á todos, ya ves cómo hasta á ti te conozco, gurrumino. — Pues entonces, vd. es mi tío Lorenzo, que andaba con mi tío Alejo por allá muy lejos, por Veracruz; qué gusto, ahora sí que ya no nos hará rezar tanto la tía Anita, y no que todas las noches reza y reza, y si uno se duerme le plantifica unos pellizcos de cajeta. — ¿Y qué tiene Antonio? — Que de resulta del balazo que le dieron allá en nuestra casa, cuando mataron á mi tío Manuelito y nos salimos por el corral de las vacas, le cortó D. Cleofas la pierna, y como el pobrecito de mi papá está loco, se quita las vendas y luego se desangra mucho. — ¡Cómo loco! esto me faltaba para coronar la obra. — Sí, señor, pero no furioso, sino que no más está risa y risa sin contestar á nadie ni hablar una palabra, parece mudo, mientras mi prima Dolores la grande está llora y llora, sentada junto á la cama porque dice D. Cleofas que tiene lastimado el espinazo del golpe que llevó por quererse bajar por la azotea de la troje cuando nos salimos huyendo de los balazos; si hubiera vd. visto eso, tío Lorenzo, se hubiera reído con buenas ganas, ahí le contaré á vd. los apuros que tuvimos en el monte para llevar cargando hasta el puerto de la Vaquería á mi papá, á Lola la grande, y á las criaturas que se cansaron y lloraban de hambre, y ya se cayó uno por aquí, otro por allá, en fin qué tal sería la cosa que salimos á las tres de la mañana y llegamos al puerto á las cinco de la tarde

— La cosa se complica, dijo Lorenzo para sí, el rancho que me propuse para pie de altar está en ruina, Antonio y Manuel con quien contaba, de nada me pueden servir, pues uno ya no existe y el otro está imposibilitado, y para alivio de mis penas la Lola que era el ídolo de su padre, enferma tal vez para mientras viva, adelante y hacer de tripas corazón, me voy á encontrar mi casa constituida en hospital. ¿Y no hay por allá más enfermos? — Cómo no; si casi todas las mujeres y muchachos que

recogió mi tía Mariquita y vivían con nosotros, están con fríos, no les ha asentado la tierra. — ¿Cuántos vinieron de tu casa? — Con chico y grande veintidós. — Una cosa así me esperaba, siguió diciéndose, y con mis dos cachorros son ochenta y cuatro cabezas las que me pertenecen, y este muchacho es el más grandecito de los que pueden ayudarme, ¿pero por qué me allijo? ¡caramba! Dios tiene más que darnos, que nosotros que pedirle, adelante, adelante; *Todos para uno, uno para todos*. Llegó á su casa, le dejó su caballo al gurrumino y se metió á la sala, una mujer extraña de las descendientes de los arrieros de Alejo le salió al encuentro diciendo: — ¿Mande vd.? — Quiero ver á doña Anita. — Siéntese vd., voy á llamarla, y se entró para las recámaras, él la fué siguiendo hasta quedarse en la mampara escuchando lo que hablaban. — Ahí la busca un señor, niña, dijo la mujer. — ¿Quién es? — No lo conozco. — ¿Qué señas tiene? — Es un barbón muy feo y muy grosero, no sabe ni siquiera dar los buenos días. — Ha de ser el de la hacienda que anda moliendo por la renta, dijo Mariquita. Dile que vuelva cuando esté ahí tu marido. — Voy á darle con las puertas en la cara, replicó Anita, para que descolado se vuelva por el camino que trajo; ya es mucho moler, no ven que tenemos enfermos y... Trató de salir muy enojada, entonces abriendo Lorenzo le contestó: — Si no he de ser bien recibido, nana Hueché, me volveré para la cárcel de donde me he fugado. — ¡Lencho de mi vida! ¡hermanito de mi alma! exclamó Anita arrojándose frenética á sus brazos, y todas las demás mujeres y criaturas se le agruparon, el primer ímpetu fué de gozo que desapareció como un relámpago, y fué preludio de una deshecha tormenta de lágrimas que á todos arrancaba el recuerdo de sus propios pesares, como preguntándole con ellas por sus allegados, como lo habían hecho las otras familias, y lo mismo que á aquéllas, les contestaba también con lágrimas, y las apretaba delirante contra su afligido corazón, fué una por una abrazando á las grandes y correspondiendo su cariño á las criaturas. — ¡Tío Lencho! dijo Lola desde su escondido asiento, yo falto, yo falto. Volteó á verla, la alzó en sus brazos como si fuera de un año, y cual si fuera su hija verdadera alligiéndole en extremo su dolorosa situación, le prodigó mil cariños diciéndose

interiormente: — Esto es lo menos que contigo hubiera hecho tu padre. Entretanto el enfermo se sentó en la cama riéndose sin cesar de una manera extraña y asimplada, Lencho se le paró en frente contemplándolo, entonces cesando de reirse se puso D. Antonio á mirarlo como sorprendido, se llevó la mano á la frente como para llamar un recuerdo, y de repente abriendo los brazos y dando un grito exclamó: — ¡Es D. Lorenzo! ¡es D. Lorenzo! bien venido, amigo mío, y Lencho sentándose en la cama lo abrazó. — ¿Por qué nos había abandonado, caballero? mira, hija, ponle una silla al jefecito. ¡Pero qué es esto! ¿dónde estoy, ya se fueron esos hombres, ya no hay balazos y... — Estése quieto, le dijo Lencho, recójase, ahora hablaremos. — ¿Pero no se va vd.? ¿no nos vuelve á abandonar? — No, amigo mío, todo lo contrario he venido para no separarnos ya. — Bueno, bueno, pues entonces sí me recojo, y obediente se recostó en las almohadas, volviéndole el juicio en ese instante, pues desde el día de la catástrofe al ver muerto á su hermano, medio matada á su sobrina, y caer inutilizado de una pierna, con la aflicción de salvar á las familias en un lance tan crítico y comprometido, se trastornó su cerebro, perdió el habla, y estaba insensato riendo continuamente. — ¡Ya me empiezas á patentizar tus maravillas, Dios eterno! exclamó Lencho saliéndose para la sala; mi presencia sólo ha curado á este hombre y le ha vuelto la razón. ¡Sigue, Dios mío, aliviando mis tormentos!

¡Ah! dijo, este garbanzo faltaba en la olla; ¿qué haces, viejo? ¿cómo te va, Sultancillo? ¡pero qué miro! ni puedes correr ni ves por dónde andas, querido. — Está ciego, contestó Ana María, no te puedes figurar la guerra que nos dió ese animal, ni lo mucho que extrañó á vds. luego que descansó un poco, entraba á la pieza de mi padre, lo buscaba por todas partes, por las noches se las pasaba aullando en el corredor, y dicen que por eso le cayó gota serena; la pierna fué necesario cortársela, tenía las canillas quebradas. Le hizo mil cariños, el perro correspondió lleno de gozo, causándole también pesar su situación.

Llegó Angel que estaba en el campo, le dió cuenta de sus encargos y de cuanto tenía que arreglar, disculpándose de no

haberle escrito la catástrofe del rancho de Alejo, porque le había dicho en su última carta que pronto se verían, que ya tenía meditada su fuga. El Chango llegó á los cuatro días, y por la contestación que trajo, conoció Lencho que el subarrendatario le hizo tablas su contrato, ya se había usurpado el título de arrendatario admitido por el dueño, puso una cuenta muy exagerada de pasturas, en que por término salía alcanzando una friolera á su favor, y por no emprender una cuestión dejó Lencho las cosas en tal estado, dedicándose á la asistencia eficaz de sus huéspedes enfermos, y continuamente yendo á visitar los intereses de los demás que á causa de la revolución política que comenzó sus estragos por Tepuztepec, siguió extendiéndose por todas partes, principalmente por la villa de San Felipe y todo el interior, de manera que todos los multiplicados esfuerzos de Lorenzo fueron inútiles, para resistir la corriente horrorosa de depredaciones que ambos partidos contendientes cometían, marcando su camino con el funesto resultado de sus excesos, durando más de un año en lucha abierta con el destino que se empeñaba en abatirlo, pues diariamente eran las pérdidas y trastornos de los intereses, ya que unos se habían llevado animales, otros el ganado, que habían destrozado milpas, quemado arsinas, llevádose á los peones del tajo para soldados, ó embargado los bienes por préstamos, contribuciones y otras mil exacciones que el gobierno imponía, de manera que en menos de año y medio que duró aquella alarma continuada, casi no contaba Lorenzo más que con los cascotes de los ranchos incluso el suyo, que con un millón tan crecido, también fué resintiéndose de un gasto que no podía soportar.

Triunfaron al fin los descontentos, derrocaron al poder, y comenzó á regir el sistema federal. Lorenzo no teniendo ya de qué echar mano y obligado por la necesidad, le ocurrió hacer una veteranada; mirando que muchos sin tomar una parte activa en la causa pública, habían caído bien parados suponiendo servicios que no habían prestado, formuló de la manera más persuasiva una solicitud al nuevo gobierno, haciendo mérito de la memorable jornada de Tepuztepec, comprobando con cuantos certificados y documentos le parecieron oportunos, que sus

hermanos como fieles defensores de la libertad, habían sucumbido en mano de sus enemigos, refería los hechos en que se demostraba su heroicidad, hacía mérito de sus intereses arruinados, y por último, pedía que en atención á su sacrificio de vidas y haciendas, se atendiera á la miseria en que habían quedado sus familias, socorriéndolas en algún modo, como en remuneración de los leales y buenos servicios prestados á la causa que defendieron.

Habilitado de sus documentos emprendió su marcha para la capital del Estado, para Morelia, con el fin de ver si lograba alguna cosa con que trabajando tuviera con que atender á las primeras necesidades de sus familias, y al mismo tiempo abrazar á su huero Enrique que hacía seis años que no lo había visto. Cuando llegó fué á parar á la casa del señor D. Manuel su curador, y supo por él que estaba ya comenzando á estudiar leyes, que sus actos de gramática y filosofía fueron muy lucidos, que era un joven muy cumplido y de muy despejado talento, en suma, le dijo: — Ha sabido Enrique ganarse el afecto de mi madre hasta el extremo de que todos sus hijos estamos celosos de él, pues es cosa de que hasta los cigarros que fuma son torcidos por ella misma, primero le mereció simpatía al considerarlo huérfano, después lo fué queriendo al verlo tan humilde y estudioso, y por último, lo ama como si fuera su hijo porque ha visto su aprovechamiento, y él ha sido tan veterano que le guarda los respetos y hace tantos mimos como á su propia madre; respecto de sus fondos están intactos, no ha habido necesidad de echar mano de ellos y se encuentran aumentados con los intereses mercantiles que acostumbramos los comerciantes, que son cosas de friolera. Quedó muy complacido de ver á Enrique lográndose, y al estar los dos en su cuarto del colegio le preguntó desde luego: — ¿Dáme vd. razón de mi padre, tío Lencho, cómo estuvo su fallecimiento? — ¿Qué cosa es lo que has sabido, hijo mío? — Que atacado por una pulmonía fulminante había muerto por allá muy lejos en el camino de Veracruz, por donde vds. andaban trabajando con sus hatajos. — Pues así fué efectivamente, á las dos jornadas del puerto, caminando de noche porque el calor nos atorjaba las mulas, fuimos de repente atacados del cólera morbo,

Alejo fué el primero que hizo punta, y fué tal nuestra contagiada, que con muy corta diferencia de horas fueron todos sucumbiendo, tu padre fué el último que al cerrar los ojos para nunca volverlos á abrir me dijo: — « Te recomiendo á Enrique, tú serás su padre. » — Sí, le contesté apretando su desfigurado rostro contra mi pecho y expiró en mis brazos. Atacado á mi vez de tan desastroso mal poco tiempo después, quedé en aquel sitio tirado como muerto, al cabo de cuarenta horas de una privación absoluta de sentidos, empecé á recobrar aliento, merced á la caridad de dos hombres que se empeñaron en socorrerme, hasta que por el favor divino pude estar fuera de riesgo, encontrándome atenido en tierra extraña á la caridad pública para mi convalecencia; naturalmente todos nuestros hatajos desaparecieron con todo y carga, he tenido mil padecimientos de todos géneros, y para dejar por allá medio arreglado el negocio de nuestra responsiva, luché contra la desgracia más de diez y ocho meses, regresando para nuestros rumbos solo yo con dos infelices arrieros que nos escapamos de la catástrofe. Como con todos mis compañeros me ligaban los sagrados lazos de la amistad, y en los instantes críticos de entregar el alma á Dios, no hubo uno que no me recomendara á su familia, sobre sus yertos cadáveres solemnemente juré cumplir con sus encargos, y estoy decidido á llevar adelante mi propósito, aunque entienda que perezco en la demanda. Más de dos años llevo de estar por casa en continua lucha con el destino, la desgracia se ha empeñado en abatirme, los intereses se han resentido, el suceso de Tepuztepec á causa de la convulsión política echó por tierra todos mis planes, se me han agotado los recursos; mis esfuerzos se han estrellado contra los desastres de la revolución, y te lo diré de una vez, ya no tengo tras que caer, estoy arruinado y no me queda más arbitrio que esta solicitud que traigo para el gobierno, á ver si consigo alguna cosa con que trabajando pueda atender á las primeras necesidades de ochenta y cuatro personas, de viudas, viejos, enfermos, y niños que me he propuesto no abandonar á la miseria; ésta es mi situación, hijo mío, compadécete de tu tío y dame un consejo.

— Por primera, tío Lorenzo, acepto el encargo que se le hizo, vd. será mi padre, y llorando ambos se abrazaron con

ternura. En segunda, disponga vd. como guste de los fondos que dejó en poder del señor D. Manuel mi tutor. — Pero eso sería apagar una vela para encender otra; ese dinero sólo está destinado para tu fomento, y es el único haber con que puedes lograr tu suerte, pues aunque mi padre también te dejó una friolera como memoria, ya eché mano de ella en mis apuros. — Con estos libros me basta para hacer mi suerte, tío Lorenzo, yo también como su hijo, quiero tener mi parte en que lleve adelante su juramento. — ¿Pero y tus gastos? — Esos los tengo limitados á mis entradas extraordinarias, hasta ahora no he pedido al señor D. Manuel un medio real, los dos primeros años de colegiatura, recuerde que los repuso mi papá la última vez que estuvo aquí; me opuse á una beca de gracia que quedó vacante, quiso Dios ayudarme y me la saqué, á la vez que un premio muy honorífico y multitud de escuditos y medios que me dieron los concurrentes á los actos; además, la señora mamá de mi tutor que es de un excelente corazón, me mira como si fuera su hijo, y yo reconocido por sus finezas me esfuerzo en complacerla, hasta el extremo de llamarla madre, pues como si tal fuera se desvive la viejecita por atenderme; véalo vd., tío Lorenzo, un cajón de cigarros, este tompeate de chocolate, llena esa cómoda de ropa blanca, la percha cuajada de ropa de paño, tres relojes, estas otras chacharitas, platonos de dulce, en fin, es tanta su bondad que hasta de los bocaditos que le gustan me manda cada rato; conque en esta inteligencia, tío, por mí no se apure, deje dos ó trescientos pesos para alguna cosa extraordinaria, libros de derecho que son costosos, etc, y disponga del resto con entera confianza, y en cuanto á lo tercero, la solicitud que trae para el gobierno la resorteáremos á ver si se consigue alguna cosa, aunque no tengo mucha esperanza.

Los dos acompañados del señor D. Manuel presentaron la solicitud al gobernador, quien apenas le dió un vistazo y hojeó los documentos cuando exclamó: — Esto es muy justo y puesto en razón, y para que vds. vean mi buena disposición, al instante voy á apoyarla. Llamó al secretario y entre los dos pusieron un informe muy satisfactorio que leyó á los interesados diciendo: — Tan luego como sea la apertura del congreso y comiencen los señores diputados sus tareas, daré cuenta con